

LA ALIMENTACIÓN DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Jesús Maroto de las Heras
Miembro del Foro para el Estudio de la
Historia Militar de España

La agricultura española se encontró sometida en el periodo que duró la guerra, mayo de 1808 a marzo de 1814, a enormes efectos que provocaron el desabastecimiento de una gran parte de la población española. Casi seis años de hambre, penuria, escasez... Una guerra demasiado larga para los cánones aceptados en la Europa de entonces que solo conocía cortos periodos bélicos de algunos meses de duración durante las campañas napoleónicas. No era este el caso español. Esa prolongada duración terminó con un país completamente arruinado desde el punto de vista económico y en especial, la agricultura quedó tan devastada que su recuperación, tanto productiva como humana, necesitó más de dos décadas. Este impacto fue muy desigual en todo el país ya que no todas las regiones fueron ocupadas al mismo tiempo por el ejército francés, ni tampoco algunas sufrieron un saqueo prolongado.

Este es el caso de Galicia que, invadida en enero de 1809 y evacuada por los franceses en mayo, tuvo un periodo de ocupación de unos pocos meses. Andalucía es, a su vez, invadida en enero de 1810 y liberada en agosto de 1812. La entrada francesa en Valencia tiene lugar en enero de 1812 y se prolonga hasta diciembre de 1813. Una agricultura mejor dotada, como la mediterránea, puede soportar ese impacto mejor que la del interior de España. Las zonas que aguantan el paso continuo de fuerzas militares sufren una devastación más acusada que las otras, aunque el tránsito fuera una breve permanencia. Este es el caso de Extremadura y Cataluña, bastante más afectadas que otras regiones del centro o la periferia. La zona de las mesetas, que engloban las dos Castillas padece otro tipo de daños debido a la acción de la guerrilla que se combina con la de las fuerzas militares. En cuanto a estas fuerzas, no se puede diferenciar mucho a los dos bandos en su actuación para agotar un territorio recurriendo al saqueo y al pillaje como una forma normal de aprovisionarse. Evidentemente hay excepciones que se detallaran.

Antes de 1808, España es un país muy afectado negativamente en su economía por diversas circunstancias. Los años que preceden a la Guerra de la Independencia se caracterizan por una sucesiva serie de desgracias. Desde 1793 la guerra es casi continua. Después de finalizar en 1794, la beligerancia contra la Convención, el cambio de alianza con la joven república francesa supuso la nueva declaración de guerra por parte de Gran Bretaña y el consiguiente bloqueo de los puertos españoles en 1796. Estas hostilidades salvo algún corto periodo de paz todavía se mantienen en 1808. La consecuencia es la paralización de las reservas monetarias que llegan de América al cortar la armada británica el comercio. La consecuencia inmediata afecta al negocio el textil en Cataluña que pierde sus mercados y al mismo tiempo no llega el trigo que se importa para las provincias mediterráneas. La falta de alimentos provoca motines en Sevilla, Guadalajara y Asturias. Para empeorar la situación, los desastres naturales se combinan con estas circunstancias: en 1800 aparece en Cádiz una epidemia de fiebre amarilla que se propaga rápidamente por el sur de España. Como el pánico se extiende hasta Madrid el rey Carlos IV decide aislar Andalucía y eso afecta a su comercio. Esta situación se mantiene hasta 1804. Pero este año, y el anterior, se caracterizan por malas cosechas. Bandas de campesinos hambrientos atacan a los arrieros que llevan suministros a Madrid. Estas bandas son, en muchos casos jornaleros que carecen de trabajo. La tensión social en el medio rural es permanente. Muchos pequeños agricultores pierden sus explotaciones y

marchan a las ciudades en busca de nuevos trabajos solo para descubrir que no tienen más alternativa que engrosar la multitud de mendigos, de ladrones. Todos fuera de la ley.

Como el estado necesita dinero para financiar los gastos de la guerra con Gran Bretaña, el primer ministro Godoy decide en 1798 una desamortización de los bienes eclesiásticos para salvar el crédito de los vales reales, un papel del estado que circula como moneda. En los diez años siguientes se liquida una sexta parte de la propiedad rural y urbana administrada por la iglesia. Pero, además, sin recursos económicos el estado deja de pagar el rédito con que se compensaba a las instituciones eclesiásticas. La situación empeora de tal forma que a partir de 1806 no se pagan los intereses de los poseedores de vales reales. En 1808 los sueldos de los funcionarios llevan medio año de atraso y las jubilaciones y pensiones de viudas un año. En resumen. En 1808 el estado del Antiguo Régimen está en franca bancarrota¹. Solo se necesita un pequeño empuje para liquidarlo y este se inicia con el cambio forzado de la dinastía en Bayona

No obstante, la descripción anterior no detalla que gran parte de la crisis de la conflictividad agraria se basa en²:

-un crecimiento demográfico importante que origina escasez de tierras disponibles, aunque todavía hay bastante margen para ampliar el área de la superficie cultivada, especialmente en la mitad meridional del país.

- un régimen que obliga al agricultor al pago de diezmos y primicias a la iglesia o a señores territoriales. A comienzos del siglo XIX se calculaba que el diezmo eclesiástico absorbía más del 50 por ciento del producto neto de la agricultura³. Los ingresos de la Iglesia (Arzobispados, Obispados, Prioratos, Abadías, Dignidades, Canonjías, Raciones y Medias Raciones de las Catedrales y Colegiatas de España) eran muy elevados.

-La pugna secular, que se remonta a los siglos XVI y XVII entre agricultores y ganaderos trashumantes (Honrado Concejo de la Mesta) a finales del siglo XVIII, se traduce en una disminución de la superficie cultivada por la presión que ejercen los señores territoriales, seculares o eclesiásticos, que son poseedores de grandes rebaños trashumantes. Buscan dedicar las tierras de cultivo a pasto para compensar las pérdidas que experimentan por la disminución de la producción agrícola. Los agricultores se ven obligados a abandonar sus tierras ante la invasión de los rebaños. La decadencia agrícola provoca una despoblación en ciertas regiones⁴.

- el aumento continuo de la presión fiscal para financiar la guerra.

La incidencia de los factores negativos señalados antes no es la misma en todas las regiones españolas debido a las diferencias que existen entre ellas, tanto en el nivel económico como en la estructura de la propiedad y cuyo estudio detallado se sale de los límites de este trabajo.⁵

El gran problema que provoca la explosión de los desequilibrios internos comienza con la entrada de los ejércitos franceses a finales de 1807. Los franceses comprueban que en España todo es distinto de la Europa que conocen. Hasta Austerlitz los soldados de la Grande Armée pasan de la abundancia a la miseria según el país que atraviesan. En Alemania, por ejemplo, viven bien. Su agricultura proporciona suficientes alimentos y los soldados se alojan sin problemas en las casas de los campesinos. Pero en

¹ Richard Herr Nación *Por qué los españoles se levantaron en la primavera de 1808* en *Actas del Congreso Internacional el Dos de Mayo y sus precedentes*. Madrid Capital europea de la Cultura 1992. página 233 y Charles Esdaile, *La Guerra de la Independencia. Una nueva historia*. Crítica, 2004 página 49.

² Enrique Martínez Ruiz *La conflictividad social española en el Siglo XVIII* en *Actas del Congreso Internacional el Dos de Mayo y sus precedentes*. Madrid Capital europea de la Cultura 1992. página 35.

³ Gonzalo Anes, *Las crisis agrarias en la España moderna*. Taurus Ediciones Madrid 1970, página 293

⁴ Id Anes páginas 175 a 178.

⁵ Un estudio más detallado se puede ver en Enrique Martínez Ruiz, *La Guerra de la Independencia (1808 – 1814). Claves españolas en una crisis europea*, Silex Ediciones Madrid 2008 páginas 37 a 41.

España, desde el principio, todo es diferente. La pesadilla de subsistir en la Península convierte en algo odioso la vida cotidiana del soldado francés destinado allí. En los otros países conquistados, éstos pueden alimentar a los hombres, pero en España solo encuentran a personas pobres o frugales, casi ascéticas, sometidas a unas autoridades, que los mismos franceses consideran mediocres, indiferentes, indolentes....

El ejército que se dirige a Portugal en 1807, bajo el mando de Junot se hace acompañar por unos administradores incompetentes. Hasta Salamanca solo recibe lo imprescindible en alimentos, sin poder tocar casi nada de lo que encuentra en su camino. A partir de esa ciudad, Junot llega a Alcántara donde se encuentra al ejército español del general Carrafa. Pero luego, al entrar en Portugal hasta Abrantes, el ejército marcha doce horas diarias, atravesando montañas desoladas dentro de una región que se califica infranqueable y sin más víveres que los recibidos en Alcántara. Como consecuencia, los soldados salen de las formaciones, bajan por las laderas montañosas para devorar la miel de las escasas colmenas. Roban las aceitunas y las castañas de los campesinos que encuentran, e incluso las bellotas que engordan a los cerdos. Reciben algunas provisiones entre Abrantes y Santarem pero estas provisiones solo se entregan a algunos regimientos, el resto debe recurrir al pillaje. La capital portuguesa está tan desabastecida que es necesario recurrir a la compra de 10.000 barriles de harina en Cádiz. Si no fuera porque han llegado algunos cargamentos de cereales de África a pesar del bloqueo de la armada británica, el ejército de Junot estaría en esa ciudad en las mismas condiciones que los campesinos del país que han atravesado. Todo esto es un anticipo, un aviso, que no se tiene en cuenta, de las dificultades que encontraran en la “maldita península” para alimentarse.

Los cuerpos de ejército que siguen a Junot están menos abastecidos. Lo sorprendente es que, en la misma Francia, en las Landas, es difícil encontrar comida. En mayo de 1808 un informe de Dennié, el intendente general de los ejércitos en España, pronostica al Emperador que a finales de agosto España no tendrá ni harina ni carne. Napoleón juzga este informe absurdo y escribe a Murat: “Dennié solicita vacas y harina de Francia. Es difícil ser más torpe. ¡Como si en un país de 11 millones de habitantes, la alimentación de 80 o de cien mil hombres fuera una cosa importante! Además, pretende calcular el sueldo exacto de aquellos, porque no hay dinero.” Napoleón se basa en las campañas de los últimos quince años, cuando los teóricos de la logística habían difundido la premisa de que en todas las partes de Europa: **cuando las tropas que atraviesan un país, son inferiores o iguales a una décima parte de la población, pueden ser alimentadas sin problemas por ésta.** Este cálculo, favorable en una guerra de invasión, libera al general en jefe de una de sus más desagradables obligaciones como es la de alimentar a sus hombres. Pero si Napoleón hubiese tenido en cuenta el tipo de país que iban a ocupar sus soldados, la densidad de población, su naturaleza basada en una agricultura muy pobre, la mala red de caminos, los ríos poco utilizables, en fin, la sobriedad en que se desenvuelve casi toda la gente, habría hecho un cálculo mucho menos optimista para sus planes. Por lo tanto, para obedecer las órdenes, no hay más remedio que recurrir en ocasiones a las requisas, tanto más numerosas y rigurosas, cuando las regiones por las que pasan sus soldados sean cada vez más pobres. Este recluta francés - apenas entrenado - está poco acostumbrado a las privaciones. Los franceses deben parte de su estrategia triunfal en Europa a que se desplazan más rápidamente que los otros ejércitos, pero esta táctica impide que las tropas vayan acompañadas por convoyes de carros que lleven las provisiones. La comida hay que encontrarla en los terrenos por donde se transita. Si hay hostilidades, los víveres se consiguen con requisas o el simple robo, pero en el caso español, hasta mayo de 1808, no hay guerra. El tratado de Fontainebleau firmado entre ambos países acuerda que las tropas francesas serán alimentadas y

mantenidas por España y sus sueldos pagados por Francia durante toda su marcha. El problema es que, con el Tesoro vacío, España no puede hacer frente a este compromiso. Los campesinos de las regiones por donde circulan los franceses se ven obligados a entregar sus cosechas y a cambio reciben unos vales o títulos de una deuda que, según intuyen, y con bastante razón, tienen muy pocas posibilidades de cobrar. La violencia por esta situación se genera en varias zonas de Castilla, País Vasco y Navarra⁶. Antes de llegar a la frontera con Portugal los campesinos españoles, encolerizados, ya habían asesinado a 50 reclutas del ejército de Junot⁷.

Desde la frontera a hasta Madrid solo hay un artículo en abundancia para el recluta: el vino. Pero se trata de un vino espeso al que los cantineros añaden agua de laurel y pimienta, así como óxido de plomo para corregir la acidez. Los franceses hacen tal consumo de este vino que los jóvenes soldados, que no comen más que algunos magros corderos, escasas galletas y casi nunca pan, sufren perniciosos efectos.

La guerra comienza. En el mes de junio de 1808, la división Vedel que se dirige a Andalucía con el ejército de Dupont, debido al uso inmoderado de vino deja detrás, en la Mancha muchos rezagados que luego serán asesinados por los aldeanos. Como a la expedición que se encamina a Valencia con Moncey al frente, le falta galleta se derriban las puertas de las casas de los pueblos que se encuentran para buscar harina y vino. Sin vino es imposible a los soldados resistir las largas marchas que el calor y el polvo hacen odiosas. Al regreso, la mitad de la división Musnier está enferma de cansancio y del vino que han bebido.



Historia de España en comics Tomo 7 página 122

Al mismo tiempo, en el cuerpo de ejército del general Dupont que penetra en Andalucía, las divisiones que acampan en Andújar no reciben nada más que la mitad de su ración de pan, a veces, la cuarta parte. Los habitantes han abandonado las aldeas. Como consecuencia los soldados se ven obligados a hacer la recolección, moler el trigo y fabricar el pan. Maldicen, se quejan, no están acostumbrados a este tipo de dificultades. La provincia de Córdoba está en total rebeldía: no hay vino, vinagre ni aguardiente. En quince días 600 conscriptos ingresan en los hospitales. Otros se debilitan, se acobardan, quieren olvidar la instrucción recibida. Cuando se retiran hacia Bailén, la marcha nocturna

⁶Emilio de Diego, *España, el infierno de Napoleón. 1808 – 1814. Una historia de la Guerra de la Independencia..* La esfera de los Libros, Madrid, 2008, página 176.

⁷ Jean Marbot B. A. M. Barón de Marbot, *Mémoires du général baron de Marbot.* Préface de Jean Dutourd Edition présentée et annotée par Jacques Garnier. 2 v..Mercure de France. Paris, 1983, V.I página 399

es lenta, entorpecida por los carros que, en vez de transportar víveres, están acaparados por oficiales superiores que transportan los objetos procedentes del saqueo de Córdoba. Una verdadera pesadilla. Por la mañana, al comenzar la batalla, estos soldados están siendo torturados por un sol implacable y debilitados por la sed. Vedel que ha retrocedido para ir al encuentro de Dupont también marcha por la noche, escucha el disparo de los cañones el día 19, pero sus soldados descubren un rebaño de cabras sobre las que se abalanzan con avidez. Las descuartizan y hacen una sopa. Vedel no tiene más remedio que resignarse y conceder tres horas de descanso para comer. Durante ese tiempo el ruido de los cañonazos es un rugido lejano que luego se amortigua hasta apagarse. La batalla de Bailén ha terminado y se ha perdido una oportunidad de oro para atrapar a un ejército español entre dos fuegos. ¿Tendrán las cabras la culpa de la derrota?

El ejército del mariscal Bessières no ha recibido víveres desde el 13 de julio de 1808, la víspera de la batalla de Medina de Rioseco, hasta el 26, cuando después de haberla ganado entra en León⁸. En agosto, este ejército, vive el día a día, con grandes dificultades y solo mediante requisiciones. La región por donde se mueve, Tierra de Campos está agotada, no se encuentran alimentos. Los generales han conseguido algunas ovejas merinas para su comida. Incluso después de la batalla de Rioseco la ficción nos sirve para describir el problema que obsesiona a Bessières:

“-Hay otra explicación para tener a Medina de Rioseco bajo un control férreo. Tomen nota de que: ordeno que se requise todo tipo de alimento y que, mañana, algunas unidades salgan para traer los rebaños de cabras u ovejas que encuentren con el objeto de sacrificarlos. De esta manera, los soldados estarán bien alimentados y descansados cuando salgamos en persecución de Cuesta y Blake. Como nos desplazamos mucho más rápido que ellos tenemos que alcanzarlos y destruir los dos ejércitos. Esta vez no hay que fallar.

Esta última palabra provoca un respingo en casi todos los presentes y más de uno piensa: “ya hemos llegado al asunto principal”.

-Entonces, si mañana por la noche nos ponemos en marcha, hay poco tiempo para hacer lo que ha ordenado – señaló Mouton.

-No mezclemos asuntos- corta Bessières – Si dejamos sin comida a los habitantes de esta ciudad, es seguro que aumente el deseo de venganza, por lo que es necesario que haya una guarnición que evite cualquier intento de asalto, no solo al hospital, sino a los edificios donde permanezcamos. Pero, además, como hay que traer la comida, los rebaños de los pueblos más cercanos... – mira el mapa – Solo se puede ir hasta Valdenebro, Villanueva y Valverde, que están a menos de seis kilómetros. Es imposible traer el ganado de distancias superiores porque no hay tiempo. La guarnición que se quede, que se ocupe de su propio abastecimiento. De los alimentos recogidos, dejaremos una cantidad para atender las necesidades del hospital y de los hombres, pero cuando se termine, será la propia guarnición la encargada de buscar su comida. Todo ello provocará que el número de españoles encolerizados sea elevado”⁹.

El general Belliard, gobernador de Madrid, posee un rebaño de ovejas que enviará a Francia “evitando la misma ruta que siguen las tropas, porque si el Emperador las descubre, las confiscará y además me castigará.” Su conducción, se hará por un suboficial y cuatro hombres que irán más allá de Burdeos.

La explicación de estos desajustes se basa en varios números básicos que difícilmente pueden coincidir. Por una parte, la producción de trigo estimada al comienzo de la guerra era de 1,45 millones de toneladas para una población de 11 millones de

⁸ Rafael Farias, *Memorias de la Guerra de la Independencia escritas por soldados franceses* Editorial Hispano-Africana. Madrid. 1919, pág.108

⁹ Jesús Maroto de las Heras, *Catedral de Aflicción I*, FEHME, pagina

habitantes, proporciona unos 130 kilos de cereal disponible por habitante, esto supone el 50% de las necesidades, ya que la media del consumo superaba los 250 kilos por habitante al año al ser el pan la base de la comida de la población. Las diferencias entre producción y consumo entre las diferentes regiones, e incluso provincias, son importantes. Por ejemplo, en Galicia, Asturias y el Norte se podría recurrir a otros cereales como centeno o maíz, pero el caso es que las zonas costeras como Valencia, Cataluña, Murcia y Baleares deben recurrir a la importación exterior o a otras zonas para cubrir el consumo¹⁰. En definitiva, si en el cereal la situación es de un equilibrio inestable, en la ganadería solo hay unos doce millones de cabezas de ganado ovino y un millón de vacuno cuyo censo constituye un gran atractivo para los ejércitos napoleónicos que están acostumbrados a una dieta rica de carne en otras regiones europeas. Para atender una necesidad alimenticia adicional en el caso de las fuerzas francesas, España debería alimentar desde 1807 a 117.000 soldados franceses que se incrementan hasta 300.000 cuando en noviembre de 1808 Napoleón decide intervenir directamente. Este número de soldados llega a un máximo de 354.000 en 1811¹¹. Transformando estos números en cantidades de trigo suponen 708.000 kilos de cereal que apenas son cubiertos por las regiones por donde se concentran y circulan, concretamente las dos Castillas, Extremadura Aragón y Cataluña, que, además, carecen de excedentes de este cereal. Las perspectivas solo pueden empeorar, porque las condiciones bélicas no favorecen los incrementos de producción, sino más bien todo lo contrario. Una agricultura tocada en sus recursos tiende a reducir su producción, aunque la mano de obra que todavía continúe en el campo pretenda intensificar el factor trabajo. Pero esto depende, además, de condiciones tan inestables como la amenaza de movilización para el ejército o la propia guerrilla.

España, un país, donde incluso sus propias tropas, “ han recibido casi siempre hortalizas y arroz, pero nada para completarlos, donde las buenas familias se contentan con una sopa de garbanzos, de coles o pimientos acompañados de un pequeño trozo de carne o de tocino”, informa Denniée, “un país donde la gente casi no usa utensilios de cocina y donde mucha gente, que vive sola, se contentan con un trozo de pan y algunas cebollas crudas,” es el que Napoleón hace invadir por la Grande Armée. Coloca allí, las legiones victoriosas, que, desde hace un año en Silesia, en Brandenburgo disfrutaban de tres o cuatro comidas al día. Estas mismas legiones atraviesan Francia, llegan a la frontera, ávidas, no abastecidas y se arrojan sobre una España empobrecida para intentar desvalijarla todavía más¹².

Cuando estos soldados pasan los Pirineos y llegan a Vitoria solo se distribuye los dos tercios de las raciones y media ración de forraje, paja o cebada para los caballos. Apenas han franqueado el Bidasoa, comienzan las quejas. “Los soldados se lanzan a beber vino, un vino de gusto amargo, pero que hace latir el corazón.” Como no reciben comida, la toman, saquean las casas españolas y en los campos lo que ha quedado de las escasas cosechas. “Hacen un consumo de corderos que nadie podía ni siquiera imaginar”. Como no existe forraje los caballos se alimentan de paja y grano. En consecuencia, Napoleón escribe: “Las subsistencias no faltan aquí, no tengo necesidad de víveres, tengo abundancia de todo... ¡No he visto un país donde un ejército esté mejor y más abundantemente alimentado!”. La afluencia de bienes es precaria y la riqueza, pasajera, pero resulta mucho mejor aprovechada por los veteranos, que dan buena cuenta de ellas, que los jóvenes reclutas. Los rebaños de ovejas que se habían ocultado durante la buena estación en las sierras y que el fin del otoño obliga a bajar a las llanuras al alcance de los

¹⁰ Id, Diego, página 173.

¹¹ Ronald Fraser *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia 1808 – 1814*. Editorial Crítica Barcelona 2006, página 176.

¹² Informe de Denniée de 31 de octubre de 1808.

nuevos conquistadores, es una carne fácil, de inmediato consumo, que, ante la falta de la de vacuno, se desperdicia. Además, no hay hortalizas y ni patatas.

En diciembre de 1808, en el ejército del mariscal Lannes que asedia Zaragoza, “el servicio de abastecimiento deja mucho que desear. Las raciones de pan son frecuentemente reemplazadas, todo o en parte, por arroz o habas. Hay carne, un cordero para cada treinta hombres, pero las partes inferiores del animal faltan, y esta carne se distribuye en muy mal estado.” El vino, que abundaba los primeros días, ha desaparecido. Muy pronto los oficiales se ven obligados a comer una sopa “hecha de mala harina, un poco de vino, y azúcar en bruto, mucho más mala.” Los soldados están todavía peor. En este asedio les falta la sal y deben emplear sus cartuchos para salar la sopa y lo seguirían haciendo, si no fuera porque un capitán ha descubierto una cueva que contenía sal gema. A mediados de enero se ven reducidos a media ración. Apenas les alimenta. “Todo el país está desbastado en un área de ocho a diez leguas.”

Cuando Napoleón abandona España en enero de 1809, los generales actúan como si fuera un país conquistado. En Galicia, “las tropas sin pan no viven más que de las hortalizas cogidas en las huertas desiertas, desentierran unas pocas patatas, y no hay nada de vino.” Antes de invadir el norte de Portugal “la delgadez de los soldados de Soult da espanto.”

En Cataluña, “el ejército está continuamente a dieta, comiendo mal pan.” y en Castilla la Nueva, el mismo rey José hace “perseguir hasta cerca de Extremadura a rebaños de 7 a 8.000 ovejas merinas conducidos por soldados del Primer Cuerpo de ejército convertidos ahora en pastores por cuenta de algunos generales que roban a los soldados y las ovejas a sus propietarios”, mientras que la tropa está reducida a media ración de pan, “no recibe nada más que muy poca carne y de forma poco frecuente. Los efectos del hambre se manifiestan de forma espantosa. Los soldados agotados entran por centenares todos los días en los hospitales.” Lo mismo sucede en Burgos, en Galicia, por todas partes¹³.

En el verano de 1809 la situación empeora. Los soldados de Soult acorralados en Portugal y de vuelta a Galicia, reciben al llegar un cuarto o un octavo de ración, pan o galleta, cien gramos de carne y nada de sal. En Castilla la Nueva, el mariscal Victor tiene a sus soldados debilitados y hambrientos. El ejército de Ney que sigue al de Soult en su retirada de Galicia, atraviesa la sierra de Béjar sin encontrar alimento. Algunos días después acampa cerca de Plasencia, “donde el vino entretiene un hambre permanente”. Soult continúa hasta el pueblo de Galisteo en Extremadura, donde un oficial, Fantin des Odoards, recuerda en septiembre de 1809:

“..nunca olvidaré las privaciones que tuve que soportar en Galisteo donde pasamos ocho días en una inacción que la falta de víveres hacía más insoportable que las más rudas fatigas. En vano nuestros exploradores se esforzaban en completar la insuficiencia de la alimentación; solo traían melones y sandías, frutas a las que estábamos poco acostumbrados y que devoradas en gran cantidad provocaron a los hombres cólicos espantosos. Diez días más tarde y habiendo agotado nuestros últimos recursos, nuestro general se decidió hacer excursiones en varias direcciones para conseguir víveres. Dos de ellas consiguieron mucho trigo en Montehermoso. Al carecer de molinos los soldados agotados deben molerlo con dos piedras y hacer galletas con esta falsa harina”¹⁴.

Cuando estos soldados se dirigen hacia Talavera para enfrentarse al ejército aliado se encuentran en Calzada de Oropesa con la misma situación que Extremadura: El paso

¹³ Carta del rey José I del 19 y 24 de mayo de 1808, carta del rey José a Napoleón de 23 de junio de 1809, y memorias de Blaze, Thirion, carta de Saint Cyr a Berthier.

¹⁴ Louis-Florimond Fantin des Odoards, *Journal du général Fantin des Odoards. Etapes d'un officier de la Grande Armée, 1800 – 1830*, Plon Paris 1895, páginas 259 a 261

de los ejércitos ha desbastado de tal forma a la región que los pocos habitantes que todavía quedan en los pueblos carecen de todo tipo de alimentos y los soldados tienen que ir a los campos a recoger el trigo abandonado, molerlo y alimentarse de la misma forma que lo habían hecho en Extremadura. Un gran número de reclutas quedan distribuidos en puestos de vigilancia a lo largo del Tajo; no reciben ni víveres ni dinero, cuando los jefes de estos puestos los reclaman se les contesta: “Arréglense como puedan.”

Estas situaciones extremas no aparecen en el ejército británico. Este ejército permanece en Portugal hasta principios de 1812, después de haber expulsado a los franceses en 1808 y 1809. Solo hace una incursión en julio de 1809 para unirse al general Cuesta en la batalla de Talavera. El resultado, aunque favorable a los aliados, obliga a general británico a volver al *Santuario* de Portugal ante la superioridad numérica francesa y al fallo, según Wellington, en los suministros por la parte española. Tomando Lisboa como la base principal de suministros, el general británico de mirada azul glacial, construye una red de almacenes que le sirven de apoyo en sus avances y retrocesos en su ruta hacia España. Sabe que su inferioridad numérica solo puede ser compensada por unos soldados bien alimentados y entrenados. Los cuida al máximo a costa de sus aliados portugueses y españoles. Cuando las unidades francesas, ahora bajo el mando del mariscal Massena, invaden el país lusitano por cuarta vez. Wellington se retira a las fortificadas e inexpugnables líneas de Torres Vedras, ordenando que todo el territorio que se deje a los invasores sea completamente arrasado. Solo permite que se refugie en esas líneas la población que quiera o pueda. No debe quedar ningún tipo de comida aprovechable para los franceses. Ni ganado, ni cereales u hortalizas. Nada. Con estas medidas el ejército francés solo puede permanecer tres meses delante de Torres Vedras mientras los soldados se convierten en seres enloquecidos que buscan alimentos. Incluso disputan entre sí como describe esta novela:

“Y cuando llegó el turno a la compañía del sargento Godinot de ir a buscar víveres al otro lado de la carretera se encontraron con una sorpresa desagradable. No habían andado ocho kilómetros cuando se toparon con una columna de tropas: soldados franceses, curtidos veteranos del Segundo Cuerpo de Reynier. El coronel que los mandaba ordenó alto y se acercó en su caballo a la compañía. Los soldados oyeron todas las palabras cruzadas entre él y el capitán.

-¿Que hacen ustedes aquí? ¿Buscar comida?

-Si, mi coronel-dijo el capitán.

-Pues no tienen por qué hacerlo aquí. La orden general nos asignó esta parte a nosotros.

-Pero hay que hacerlo....Nuestro batallón no tiene nada.

-Pues no deben. No consentiré. Bastante tenemos con buscar con qué alimentarnos. Llévase a sus miserables reclutas lejos de mi distrito.

El capitán no se dio por vencido.

-Tengo órdenes de mi coronel de buscar víveres aquí. Insisto en seguir adelante.

-Con que insiste usted. ¿eh?

El coronel se volvió y gritó una orden a su batallón. Hubo un brillo acerado que recorrió toda la línea mientras armaban las bayonetas¹⁵.”

¹⁵ Cecil S. Forester, *Muerte al invasor*. Ediciones Rialp. Madrid 1954 páginas 111 y 112. Esta novela de Forester mucho menos conocida que *El cañón*, que dio lugar a la película *Orgullo y pasión*, describe muy bien las vicisitudes del fusilero Matthew Dodd del 95º de Rifles que queda aislado de su regimiento cuando se retira a Torres Vedras. Toda la novela cuenta con mucho detalle cómo se desenvuelven sufriendo un hambre continúa todos los contendientes, devorando perros, mulas, ratas...El lector queda al final muy obsesionado por ese hambre...

La falta de almacenes de provisiones en la carretera de Madrid a Tudela supone que el ejército del Centro al mando de Castaños que ha sido derrotado en esta ciudad se desintegra, se deshace, en su marcha hacia Madrid para ayudar a los que defienden la capital. La falta de comida en un trayecto que dura quince días es la causa. No se habían previsto almacenes con víveres porque no se contemplaba, no se imaginaba, una retirada. Las consecuencias son letales. Solo llegan 7.000 soldados, más bien, cadáveres vivientes, a Guadalajara de los 30.000 que empezaron esa marcha infernal. En esta ciudad el ejército del Centro, vencedor en Bailén, ha dejado de existir.

“En la noche del 29 de noviembre se reanuda la agónica marcha hacia Sigüenza. Los soldados que en Arcos ha dormido al lado de las hogueras prefieren andar para calentar el cuerpo, los que han entrado en las casas se niegan a levantarse. Hay que recurrir a varios piquetes para que los echen de las viviendas, mientras que los propietarios contemplan resignados como aquellos hombres han saqueado las despensas y vaciado los toneles de vino en las cantimploras. La falta de disciplina y la insubordinación se incrementan. Los soldados se lamentan a los oficiales que han vencido en Bailén y no conocen el motivo de esta retirada donde no se combate y además tienen más bajas que en una batalla. Mejor morir con un fusil en la mano, disparando, que de hambre o agotamiento. No hay necesidad de soportar este esfuerzo sobrehumano. Muchos desgraciados se resignan al “todo está perdido”. Para evitar un motín se ordena que cada hombre coja en el pueblo todo lo que pueda llevar consigo. De esta manera, se acepta el saqueo como un mal menor y una medida de emergencia, lamentable, pero inevitable. Se mira a otro lado para no avergonzarse ante el odio que se crea en las familias de los campesinos al quedar condenadas a un invierno de hambre. El infierno lo compartirán todos. El patriotismo se esconde entre una miseria que, ahora, se disfraza con la disculpa de la supervivencia.

El frío es intenso y cortante. Los hombres que marchan al principio de las columnas se apresuran, porque saben que, si llegan al primer pueblo, entrarán en las casas para saquearlas en busca de comida. El saqueo es algo tan normal que se hace de forma rápida y eficaz. Si los primeros que andan más deprisa comen, los otros, los que marchan más despacio, comprueban que el castigo de su lentitud es que, encontrar pan, no es fácil, a veces imposible. Los más retrasados lo pasarán peor porque poca caridad se espera de unos campesinos que han sido asaltados. La misericordia se ahoga en la crueldad.

Las columnas de hombres andrajosos se deslizan lentamente entre el frío, la oscuridad, el agotamiento, los sueños, las maldiciones y los gritos de los que se lamentan. En la cabeza se colocan los agresivos que quieren comer, que pueden comer, en la cola los agotados que se dejan caer en las cunetas y piden pan a los que pasan. Estos sortean los cuerpos y continúan sin mirar. No quieren caer en la absurda caridad. Hay que sobrevivir y no pensar en el prójimo o en el compañero conocido.

Las columnas han pasado por Medinaceli donde los más fuertes y los más avispados han devorado la comida que les han dado o que han encontrado. Los primeros son poco más de dos mil hombres. Andan como autómatas, tan dormidos que solo despiertan cuando chocan con el cuerpo del hombre que les precede. En ese lugar, con el día lleno de una luz del sol y sin que llueva, el tiempo no ha sido tan clemente como para ahorrarles un viento helado que ruge por la llanura. Un tormento más que se une a la ansiedad del hambre. Unos cuantos encuentran montones de heno donde se tumban, pero el frío, el maldito frío, que corta más que una navaja, les impide conciliar el sueño. A los soldados que piden como mendigos se les deja una moneda. Es la limosna que les da el Ayuntamiento. Los que se han sentado en el borde de la carretera están tan agotados que no encuentran fuerzas para levantarse. Muchos oficiales, que comparten las penalidades de sus hombres, acaban reducidos al mismo estado de miseria. Miran con indiferencia a

los que abiertamente desertan. ¿Les comprenden, les disculpan? Empiezan a pensar que la desertión es algo disculpable. La disciplina está desapareciendo y vuelven las voces de “traición”¹⁶....

“A las doce del 4 de diciembre de 1808, están formadas las tropas a las que pasa revista el duque del Infantado junto con los asistentes en la reunión del día anterior. Infantado no puede impedir que un gesto de asombro y horror invada su cara. Lo que tiene delante son varios miles de espectros que apenas pueden mantenerse erguidos. Con los uniformes destrozados, cubiertos de harapos, los pies envueltos en trapos porque los zapatos se han roto durante la marcha, todos los hombres están pálidos desfigurados, debilitados por el hambre hasta tal punto, que a Infantado le recuerdan cadáveres ambulantes. La mayor parte de los caballos apenas aguantan el peso de los jinetes. Pocos regimientos están bien ordenados porque hay batallones compuestos de los restos de otros regimientos. La unidad más numerosa no llega a los seiscientos hombres y algunas solo son de cien soldados. La división que tiene el mayor número de hombres llega a mil quinientos soldados. Otras ni siquiera a novecientos. Al terminar la ceremonia Infantado, desmoralizado, pregunta a Lapeña:

-¿Cuántos hombres hay formados?

-De seis a siete mil.

-¿Y la caballería?

-De 1.550 a 1.600 jinetes.

-Señores oficiales, esto es un horror viviente y no el ejército que venció en Bailén. ¿Dónde está ese ejército?

A estas palabras sigue un silencio de varios minutos que nadie quiere romper. Es el momento de buscar responsabilidades y no hacer caso de las justificaciones. ¿Qué ha ocurrido para llegar a esta desgracia? Nadie se atreve a hablar, y todavía menos mirar a la cara de Infantado. Para acabar de dibujar el panorama tan lúgubre le informan que la disciplina está por los suelos y temen que algunos regimientos se amotinen. El motivo es que se mantiene viva la calumnia de que los jefes tienen la intención de entregarlos a los franceses. Esa calumnia, le dicen, sin mucha convicción, ha sido la causa de una masiva desertión¹⁷.”

Al mismo tiempo los problemas ya citados al principio para el campo español, se agravan para complicar la situación alimentaria. Las convulsiones sociales estallan con el inicio de la guerra. Muchos agricultores dejan de pagar los diezmos a la Iglesia, en otros casos los propietarios importantes los retienen para poder hacer frente a las contribuciones que exigen las juntas provinciales en los territorios no ocupados para conseguir reservas de víveres y hacer frente a las requisas de los ejércitos. Varias de estas juntas se apoderan de las rentas y tributos de los propietarios ausentes o que están en las provincias ocupadas. Para conseguir una subida de los salarios, en Andalucía y parte de Aragón, los jornaleros se niegan, en junio de 1808, a recoger las cosechas Como el reclutamiento ha sido en esta región un elemento importante para atenuar la presión social producida por el paro debido a la falta de trabajo estacional, se llega a un desequilibrio que favorece a los jornaleros cuando estos comprueban, que un importante número de parados ha engrosado las fuerzas del ejército. En algunos pueblos, las juntas locales aplican medidas drásticas, como varios días de prisión y una multa de varios jornales, para que los hombres vuelvan al trabajo en los campos. Los salarios suben. En otras zonas sucede el problema inverso, los agricultores rebajan el salario de los jornaleros trashumantes que el conflicto les ha encontrado en ese lugar. En alguna localidad de Extremadura los agricultores convocados para el alistamiento se niegan a ello. Consideran que las personas acomodadas pueden

¹⁶ Jesús Maroto. *Catedral de aflicción* II FEHME páginas.

¹⁷ Id páginas

rehusar entrar en el ejército mediante varias artimañas como el pago de ciertas cantidades de dinero. Estos agricultores pretenden satisfacer su antiguo deseo de cultivar gran parte de los terrenos que permanecen baldíos¹⁸. En el lado contrario, muchos oficiales franceses actúan como verdaderos señores feudales según el poder con que ejercen su autoridad. Cada comandante de la región castellana tiene su zona de requisa, su rebaño que pasta cerca de las fortificaciones, y si se desciende de categoría, cada jefe de puesto - convertido en un fortín o blocao aislado y en riesgo permanente de ataque de la guerrilla - posee gallinas robadas en la aldea más próxima e incluso campos cultivados para cobrar un impuesto. Para los rebaños que atraviesan el llano cercano, este jefe de fortín llegará a ser más peligroso que los mismos lobos¹⁹.

Como consecuencia de todo lo descrito el agricultor español no cultivará más que lo estrictamente necesario, trabajará sin interés y la cosecha, que esporádicamente consigue, suele estar pendiente del azar de la guerra, es decir, de los combatientes o de los guerrilleros que aparezcan para quitársela. Para la población campesina conservar algo de comida, aunque sea un mínimo, es una cuestión vital. Si roban los rebaños y gran parte de los granos, la economía familiar queda destruida a expensas de buscar otros métodos para conseguir alimentos. La imaginación se presta a adivinar qué tipo de acción toman los agricultores en estos casos. Solamente la previsión y el ingenio, basados ambos en dolorosas experiencias. La primera medida es esconder las cosechas o los alimentos no percederos para que estén a salvo, incluso de los ejércitos patriotas, que, al contrario de los británicos, no disponen de dinero para pagar los alimentos que encuentran. Como se ha mencionado antes, el pago se hacía con vales o bonos que carecen de valor. Estos vales solo sirven, en algunos casos, para abonar las tierras de propios y comunales que se tienen que poner a la venta en algunos pueblos para financiar la guerra. Un factor añadido son las propias guerrillas que exigen su tributo alimentario. En caso contrario, a las partidas no les importa castigar a quienes, desde su punto de vista, no luchan contra los franceses. Pero como todo sistema tiene su contrapartida, uno de los sistemas que practican los soldados franceses es buscar y descubrir los alimentos escondidos por los aldeanos. A este respecto son interesantes las observaciones de un oficial, Naylies:

“Antes de abandonar sus viviendas, los campesinos habían escondido los granos en la parte menos aparente de sus casas, que habían tapiado con precaución, pero la frescura del cemento o que tal dimensión interior no está de acuerdo con la dimensión exterior descubre con frecuencia este truco inocente. Nuestros soldados pasaban los días inspeccionando todo las habitaciones y la pared que provocaba cierta sospecha era derribada de inmediato. Otros pinchaban con las baquetas de los fusiles, los jardines o los terrenos cercanos hasta que encontraban un obstáculo, entonces se levantaba la tierra y aparecían sacos de trigo, jamones y tinajas repletas de vino”²⁰.

En la región de Toledo los campesinos llegan a sembrar de noche de para evitar que les quiten la semillas²¹.

Muchos brazos que se emplean para el arado, abandonan la tierra, toman las armas, o incrementan la masa de desesperados que deambulan por las ciudades, donde, por lo menos, la seguridad es algo que cuenta favorablemente en sus miserables vidas. Los rebaños, sin pastores, desamparados, desaparecen poco a poco. A finales de 1809 en

¹⁸ Id Fraser páginas 287 a 298

¹⁹ Cartas del rey José y de Soult de 21 de noviembre de 1809 y memorias de D'Illens, Fantin des Odoards, Thiebault..

²⁰ Joseph-Jacques de Naylies, *Mémoires sur la guerre d'Espagne pendant les années 1808, 1809, 1810 et 1811*. Chez Magimel, Anselin et Pochard, París, 1817, página. 208

²¹ Leandro Higuera del Pino, *La diócesis de Toledo durante la Guerra de la Independencia española*. Toledo 1982, página.175.

la “fértil” La Mancha, la falta de carne que no encuentran los alemanes de la división Leval se debe a que no hay ganado de ningún tipo. La madera es tan escasa que los soldados cortan los olivos o arrancan las vides para tener algo de fuego cuando deben vivaquear y aguantar el frío²².

Al principio de la guerra, en las regiones en donde no hay ejércitos contendientes, como Extremadura o Andalucía, o en las que han sido ocupadas, pero que la presencia francesa es poco importante, se origina un intenso movimiento para cultivar las tierras comunales. Por una parte, esto se explica por la pérdida de control de las autoridades locales y por otra, para satisfacer la demanda alimentaria que llega a ser imprevisible según cómo evolucionen los acontecimientos bélicos. Unas pocas cantidades de trigo se consiguen al precio que sea si se quiere sobrevivir, porque el futuro es incierto y, posiblemente, tienda a empeorar. Estas tierras comunales han sido vendidas o repartidas a particulares por los concejos²³. Una desamortización forzada, silenciosa, no promovida por un poder central. Por ejemplo, la Junta de Subsistencia de Extremadura había propuesto en marzo y aprobado en abril de 1810, la enajenación y cercamiento de la mitad de los baldíos y la tercera parte de los propios más próxima a los pueblos como medio de pagar los suministros al ejército español. Se adjudicarían al precio de tasación que se pagará al contado o en su equivalente en cereales, ganado, o demás efectos necesarios para abastecer las tropas. En el país vasco ocupado se procede a enajenar las tierras de propios y comunales con el permiso del gobernador Trouvenot. En el resto del país se hace lo mismo, pero sin que exista una normativa oficial, ni francesa, ni patriótica. Esta desamortización llega a ser tan importante que al acabar la guerra apenas existe tierra comunal para vender en regiones como Vascongadas o Salamanca²⁴.

En 1810, cuando Napoleón abandona sus ejércitos de España a sus propios recursos, mientras refuerza sus unidades con centenares de miles de soldados, la nación ocupada, castigada por dos años de guerra, está completamente agotada. Durante el sitio de Tortosa, Suchet comenta que “su ejército consume 1.200 vacas o bueyes y 12.000 corderos españoles” distribuidos a los regimientos. Mientras que en el valle del Jiloca se descubren víveres en abundancia que se mandan a Tortosa, cerca de Orihuela, este mismo ejército asa los perros y gatos que encuentra con la madera procedente de los muebles de la ciudad. Aun así, es un ejército afortunado. Antes de partir para la conquista de Valencia, los regimientos reciben carne para dos meses y los soldados llevan a pastar sus rebaños. En Valencia, la rica huerta les proporciona tres cuartos de ración de un pan mezclado con maíz, más un suplemento de arroz y hortalizas. De esta manera, los hombres de Suchet se encuentran mejor alimentados. Ahora la fortuna les sonríe. Pero en otras partes de España, en las más pobres, no ocurre lo mismo.

En Andalucía el sistema de requisas ha cesado en 1810, de forma que en Sevilla “los hombres y sobre todo los oficiales viven sin carencias” y que en el Guadiana superior “región fértil y mucho mejor cultivada que el resto de España” los soldados “no se quejan de los víveres.” Mientras tanto el hambre se extiende por Extremadura y Aragón. Después de la mala cosecha de 1811, las llanuras agotadas, saqueadas por una guerra que dura tres años se han dejado en barbecho. La vida, la supervivencia, en el campo retrocede. Cerca de Badajoz “los cereales se pudren en el campo y cuando se atraviesa una ciudad o una

²² Naylies pág. 207

²³ Enrique Llopis Agelan, *El impacto de la Guerra de la Independencia en la agricultura española*. Ponencia presentada en el Congreso *La guerra de Napoleón en España: reacciones, imágenes y consecuencias*. Alicante, mayo 2008, Página 10

²⁴ Felipa Sánchez Salazar, *Incidencia de la ocupación francesa en el medio rural: venta de tierras de propios y comunales. Una aproximación al estado de la cuestión*. Agricultura y Sociedad N° 55 Abril-Junio 1990. Ministerio de Agricultura. Madrid. Páginas 128 a 159.

aldea no se encuentra ni un solo campesino, ya que se han marchado, llevando con él sus útiles de labranza”. La requisición castiga de tal forma a Castilla la Nueva que todo el cereal es “despiadadamente recogido en cada zona para ser transportado a los almacenes y depósitos del gobierno”.

En 1811, la cosecha de trigo es mala. El mal tiempo retrasa la recogida en las dos Castillas y en Madrid los suministros de trigo comienzan a disminuir. Como consecuencia, los precios suben. Pero esta subida llega a ser intensa a medida que pasan los meses y el pan escasea. Las razones para no cubrir el déficit de este alimento son dos, por una parte, la necesidad de enviar trigo al ejército francés de Castilla y por otra la acción de la guerrilla que corta los suministros de cereales. Los precios de otros productos básicos como el aceite de oliva, hortalizas y legumbres también comienzan a incrementarse. El conde de Toreno describe esta situación.



Historia de España en comics. Tomo 7 página 166

“Entre las plagas que ahora afligían a la nación y que eran consecuencia de la guerra y de la devastación francesa aparecían entre las más terribles, la escasez y su compañera el hambre: Apuntamos como principió en el año pasado. En este año llegó a su colmo, especialmente en Madrid, donde costaba a primeros de marzo, el pan de dos libras a 8 y 9 reales, ascendiendo en seguida a 12 y 13. Hubo ocasión en que se pagaba la fanega de trigo a 530 y 540 reales; encareciéndose los demás víveres en proporción

y yendo la penuria a tan grande aumento que aun los troncos de las berzas y otros desperdicios tomaron valor en los cambios y permutas y se buscaban con ansia. La miseria se mostraba por calles y plazas y se mostraba espantosa. Hormigueaban los pobres, en cuyos rostros se representaba la muerte, acabando muchos por expirar desfallecidos y ahilados. Mujeres, religiosos, magistrados, personas antes, en altos empleos, mendigaban por todas partes el indispensable sustento. La mortandad subió por manera que desde septiembre de 1811 que comenzó el hambre hasta julio inmediato (1812) se sepultaron en Madrid unos 20.000 cadáveres; estrago tanto más asombroso, cuanto la población había menguado con la emigración y las desdichas”²⁵.

La tropa que “consume todo”, asegura el rey José “se ve obligada a comer durante cinco días, en vez de legumbres secas, las arvejas que se dan a las palomas”. Esto produce trastornos intestinales a los soldados y numerosas enfermedades. A penas hay pan blanco en las mejores mansiones. La guarnición se ve reducida a media ración.” El rey José que había donado la mitad del presupuesto de la casa real para comprar trigo, ordena que se entregue el grano de sus propios almacenes ya que no hay reservas. Mercedes Santa Cruz y Montalvo, esposa del general Merlin, jefe de la Guardia real del rey, lo describe de esta

²⁵ José María Queipo de Llano, conde de Toreno *Historia del Levantamiento, guerra y revolución en España*, Baudry, Librería Europea París, Nueva edición, 1851, Tomo III páginas 101 y 102.



Goya contempla los efectos del hambre. Goya serie TVE

manera: “Para agravar su posición, el hambre y la peste vinieron a asediar este desgraciado país. Madrid y la mayor parte de los pueblos cercanos fueron diezados por estas dos plagas. No había cosechas y las comunicaciones estaban interrumpidas, por lo que el Gobierno no pudo ni expedir ni hacer los cereales. No faltó la caridad pública. El rey y los habitantes de Madrid se desprendieron de todo lo que tenían en dinero contante; unos donaron sus joyas, y otros,

efectos o platería. Se sirvió pan negro en Palacio, para dar ejemplo; pero mientras que éste se encontraba en la mesa de los ricos el obrero empleaba las escasas pesetas que ganaba en conseguir pan blanco que luego vendía a un precio exorbitante; escogiendo así nutrirse a medias antes que renunciar a ese lujo”²⁶. En abril de 1812 varias panaderías son asaltadas y el gobierno militar tiene que recurrir a los soldados para someter a los habitantes indignados. El mes de mayo resulta el más mortífero. La policía secreta del rey José informa que han muerto 1.996 adultos. Esta cifra contrasta y rebaja la de Toreno, pues no se ha investigado a fondo el número real basado en los datos de defunciones de las parroquias que proporcionaría un número más correcto ²⁷.

En Sevilla, el marisca Soult, el *virrey de Andalucía*, reconoce que ha recurrido “a las últimas medidas para alimentar a la tropa.” A mediados de abril, no se distribuye más que media ración de pan y algo de carne; “los alimentos faltan en la región y los habitantes se alimentan ahora de hierbas.” En Cataluña, el pan falta desde febrero y se da bacalao seco en lugar de carne, cada dos días.

Cuando en 1812 los ejércitos franceses comienzan su retirada en España, la penuria de alimentos es mucho más acentuada. Al final de ese año, desde Alba de Tormes hasta Salamanca, el ejército que ha perseguido al de Wellington después de su evacuación de Madrid, come bellotas dulces, “que se venden a 30 reales la libra, un pan negro cuesta 20 francos. Los generales y los oficiales están reducidos al mismo régimen, que no es demasiado malo, porque las bellotas son superiores en calidad a las francesas y se puede hacer una harina parecida a la de la castaña.” El hambre para el soldado francés solo desaparece cuando llega a Vizcaya o a Francia ²⁸.

De lo expuesto en las líneas anteriores se deducen varias consecuencias que se resumen de la forma siguiente:

-Una cuestión vital de la guerra es controlar los limitados recursos alimenticios²⁹. Los ejércitos bien alimentados tienen más posibilidades, no solo de sobrevivir, sino también de ganar la guerra. La buena alimentación además de proporcionar energía sube la moral. Este es el caso practicado por los británicos.

²⁶ Mercedes Santa Cruz, condesa de Merlin, *Souvenirs et Mémoires de madame la comtesse Merlin (1789-1852) Souvenirs d'une créole*, Le Temps retrouvé. Mercure de France, París1990 página 324

²⁷ Fraser páginas 697 a 705

²⁸ Carta de Reille a Clarke de 27 de diciembre de 1812 y Hippolyte d'Espinchal *Souvenirs militaires (1792-1814)*, publiés par F. Masson et Fr. Boyer Le livre chez vous Paris, página.353.

²⁹ Fraser página 401.

-La inmovilidad prolongada en una región devastada crea una situación muy difícil para los ejércitos de ambos bandos.

-Si la agricultura española presentaba graves carencias para alimentar su propia población antes del conflicto, durante el mismo, se llega a una hambruna devastadora en el invierno de 1811 a 1812. No se sabe con exactitud el número de víctimas.

-Las instituciones del Antiguo Régimen dejan de ser respetadas o quedan tan debilitadas que se amplía la roturación de grandes extensiones de tierras en propios y comunales. Asimismo, se dejan de pagar, tanto los impuestos señoriales, como los eclesiásticos de los diezmos.

-Los municipios acumulan una deuda importante para financiar la guerra o hacer frente a las requisas, de forma que solo se pudo pagar la misma con la venta de las tierras comunales, tanto en el lado ocupado, como en el otro³⁰.

-El efecto sobre las diferentes regiones es muy desigual dependiendo de tiempo de ocupación, tránsito de los ejércitos y su propio potencial agropecuario para soportar la guerra.

-El saqueo y devastación de los ejércitos provocan grandes daños, tanto en la agricultura, como en el censo ganadero en regiones como Extremadura o Cataluña. Los efectos en Andalucía, Valencia o Galicia son menos importantes. La recuperación en esas regiones exigirá varias decenas de años.

-No obstante, ciertas desigualdades se redujeron al finalizar el conflicto como consecuencia del abaratamiento del factor tierra debido a la roturación de los terrenos municipales y la menor oferta de mano de obra como consecuencia de la mortalidad de la guerra³¹, cuyas cifras parecen situarla entre 300.000 y 500.000 personas. Incluso se mencionan 700.000.

Para terminar.

La falsa imagen que existía en Francia, e incluso en Europa, de una España de blandos músculos, más sagaz que valiente, fullera, débil y corrompida no tuvo sentido al encontrarse los soldados franceses con un país duro, patético vengativo y cruel donde la piedad tenía pocas oportunidades de manifestarse. Tanto en la lucha por la comida, como en la guerra misma, les costó muchas más bajas de las que podían imaginar sus generales.



³⁰ Llopis página 3

³¹ Llopis página 33



Los efectos del hambre. *Goya* serie TVE